

pas de tu alma en las aguas del bautismo; por lo demás mi padre y mi tío te enseñarán como te debes disponer para recibir esta gracia.

Gustosamente sorprendidos Gabino y Cayo de aquella dichosa mudanza, le hablaron con tanta eficacia sobre la santidad de nuestra religion, que despues de haberle suficientemente instruido así á el como á su mujer Prepedigna y á dos hijos suyos, tuvieron el consuelo de administrarles á todos el santo bautismo. Mientras tanto, viendo el emperador que Claudio no volvía con la respuesta de su comision, y aun observando que no se dejaba ver en la corte, mandó á Máximo, hermano del mismo Claudio, que se informase del motivo de esta novedad. Quedó Máximo admirado cuando entró en el cuarto de su hermano, y le halló postrado á los pies de un Crucifijo, anegado en dulces lágrimas; pero creció su admiracion cuando oyó de su misma boca que era cristiano, y que lloraba la ceguedad y los desaciertos de su vida. Atónito Máximo á tan inopinada mudanza, y solicitado interiormente por los poderosos impulsos de la gracia, se mostró igualmente ansioso de ser instruido en los misterios de nuestra fe, y de recibir el bautismo. Informado de todo el santo papa Cayo, le instruyó en los puntos esenciales de la religion; y hallándole muy dispuesto, le bautizó y le exhortó á ser fiel. Prosiguiendo las milagrosas operaciones de la gracia en el corazon de aquellos dos hermanos verdaderamente convertidos, tomaron la resolucion de vender todos sus bienes, y de emplear el producto de ellos en la asistencia de los fieles. Noticioso el emperador de que los dos hermanos léjos de desempeñar su comision, se habian convertido á la fe, y eran los primeros que confirmaban á Susana en la santa resolucion de no admitir aquella ni otra alguna boda; entró en tanta cólera, que juró la pérdida general de todos los cristianos, y en el mismo punto envió desterrados á Ostia á Claudio y á Máximo, que pocos dias despues recibieron en aquel puerto la corona del martirio. Mandó tambien que fuese presa Susana con su padre Gabino, y no perdonó á diligencia alguna para pervertir á la primera; pero de todo triunfó su fe y su inmutable constancia. Ni las promesas mas tentadoras, ni las esperanzas mas lisonjeras, ni el mismo agosto título de emperatriz fueron bastantes para deslumbrarla. Amenazáronla con todos los tormentos que podian causarla mas horror, hasta que espirase entre los mayores y mas crueles suplicios; pero su respuesta fué mostrar cada instante mas encendidas ansias de padecer mas y mas por su celestial Esposo. Informado Diocleciano del teson de sus respuestas

y de su última resolucion, se abandonó á toda la cruel barbaridad de su genio. Dió orden para que se hiciese afrentoso insulto y violencia á la virginal integridad de la Santa; pero un ángel del Señor la defendió contra la brutalidad de los paganos. Atribuyéronse como siempre á efectos de la magia estos auxilios del cielo; y Diocleciano dió comision á uno de sus oficiales llamado Macedonio, para que prosiguiese la causa; y obligase á Susana á sacrificar á los ídolos. Presentáronla un simulacro de Júpiter, y la Santa, levantando los ojos al cielo, suplicó humildemente al Señor que se dignase confundir la supersticion de los paganos. Al punto desapareció la estatua, y la encontraron en la calle á doscientos pasos de la casa. Dejó atónito al oficial esta maravilla, pero no le convirtió; y sin hablarla ya de incensos ni de sacrificios, mandó que la despedazasen á azotes dentro de su misma casa; lo que se ejecutó sin que la pudiesen sacar ni la mas leve queja. A cada golpe volvía dulcemente los ojos hácia el cielo, rindiendo mil gracias á Dios, porque la hacia digna de padecer alguna cosa por su gloria. Desesperado el tirano á vista de aquella constancia, dió parte de todo al emperador, asegurándole que Susana era inflexible; y Diocleciano mandó que dentro de su misma casa la cortasen la cabeza.

Dicese que Serena, mujer del emperador, y cristiana oculta, fué secretamente por la noche al lugar de la ejecucion, donde embebió su mismo velo en la sangre de la ilustre mártir, conservándole despues como una preciosa reliquia. Fué sepultado el cuerpo de la Santa en una gruta, que se llamaba la cueva de los Mártires, y su casa fué convertida en iglesia por el papa S. Cayo, quien celebró en ella el divino sacrificio en honor de la misma Santa. Reedificóse con el tiempo esta misma iglesia, la que hoy subsiste, y están en posesion de ella las religiosas bernardinas. El martirio de Sta. Susana se cree sucedió el año de 293, seis meses antes que el de S. Gabino, y ocho anterior al de su tío S. Cayo.

SANTA FILOMENA, VIRGEN Y MÁRTIR.

HASTA donde puede llegar un verdadero y perfecto amor es cuando da la vida el que ama por lo que ama. Acreditó bien este amor perfecto y verdadero la invicta mártir Sta. Filomena, á la cual puede justamente aplicarse cuanto refiere Baronio, hablando de la invencion del cuerpo del protomártir san Estéban y de los prodigios obrados por su intercesion, á saber: que cuando la fe es lánguida en unos y muerta en otros, no sin

especial designio de la Providencia soberana ha sucedido que hayan obrado tantas y tan extraordinarias maravillas los frios huesos de una heroína cristiana cuya alma voló al Señor tantos siglos hace. Así como en otros tiempos le plugo al Altísimo triunfar de la impiedad de Juliano el Apóstata con las reliquias de S. Babilas, y humillar la soberbia de los arrianos con las de los santos mártires Gervasio y Protasio; y acabar con el paganismo y la idolatria en el Egipto con las de S. Marcos evangelista, así también para triunfar del indiferentismo que se observa en nuestro siglo, tanto por la verdad como por el error, y el atropellamiento y desprecio no ya secreto y oculto sino público y manifiesto de las prácticas de la piedad cristiana, y de las santas leyes de la Iglesia, habrá sin duda escogido los preciosos huesos y augustas cenizas de la insigne mártir santa Filomena; cuyo patrocinio en el curso de pocos años no hay ya region cristiana en la que no sea invocado, ni ciudad ni feligresía donde no sean veneradas sus imágenes, esperando de su poderosa intercesion el alivio y el consuelo; distinguiéndose una santa emulacion en adornar los altares levantados en honor suyo, con millares de votos de plata y de oro, señales evidentes de la devocion, confianza y gratitud de los fieles, y que nos recuerdan los felices dias de los primeros siglos de la fe.

La invencion de las reliquias de Sta. Filomena y su exaltacion á los honores del culto público, pasó del modo siguiente.

Por un solícito cuidado de nuestra santa madre la Iglesia frecuentemente se investigan con la mayor escrupulosidad las catacumbas con el objeto de descubrir los cuerpos de los santos mártires depositados en ellas durante las crueles persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. En el año de 1802, por encargo especial del papa Pio VII, practicaba el escrutinio en el cementerio llamado de *Santa Priscila* en Roma, monseñor Ponzetti, cuando el día 25 de mayo se descubrió en el corredor ó calle llamada la *Via Salaria*, un nicho, en cuya lápida, entre símbolos misteriosos de martirio se leía la inscripcion siguiente:

(FI) LVMENA, PAX TECUM FI (AT)

esto es, el nombre de FI...LVMENA dividido en dos partes, y en medio la fórmula PAX TECUM. A la izquierda habia pintada una áncora; en el centro unos azotes guarnecidos con bolitas de plomo, en medio de tres flechas y una vara rematando en puntas; y á la derecha una palma entrelazada con un lirio; sím-

bolos todos de los diferentes géneros de tormentos que padeció la santa mártir, y de su glorioso triunfo denotado por la palma y el lirio.

Quitada la piedra tumularia viéronse los preciosos restos de la invencible heroína, y junto á su cabeza un vaso de vidrio de gadisimo, algo roto en la parte superior, cuyas paredes estaban cubiertas de sangre cuajada. Mientras que se ocupaban en separar de los fragmentos del vaso las preciosas particulas de sangre que contenian, las cuales depositaban luego en una urna de cristal, observan los asistentes que la urna centellea y despidе una luz vivísima. Sorprendidos del fenómeno se acercan á examinarlo, y su sorpresa es indecible al ver que cada una de las particulas de sangre, antes morena y oscura, se ha trasformado en un cuerpo luminoso, pareciéndose en la variedad de colores á los del arco iris. Entre los testigos de aquel prodigio los habia muy distinguidos por su talento y por su piedad, los cuales no pudiendo dudar de lo que veian, se apresuraron á glorificar á Dios que se complace en exaltar las victorias y triunfos de sus mártires.

Aunque este prodigio se efectuó luego al instante de la estraccion del cuerpo santo de las catacumbas, ya fuese por la lentitud y circunspeccion con que la Iglesia procede siempre en semejantes casos, ó ya por disponerlo así los secretos juicios de Dios, es lo cierto que el cuerpo de Sta. Filomena quedó por entonces en Roma en un estado de oscuridad hasta el año de 1805 en que fué espuesto á la pública veneracion de los fieles, y pasó de esta manera.

Un santo misionero italiano, llamado Francisco Lucia, fué de Nápoles á Roma acompañando al Sr. Cesareo elegido por la Santa Sede para gobernar la diócesis de Potenza; y deseando obtener para su oratorio un cuerpo santo de nombre propio, impulsado de un movimiento interior fijó su predileccion en las reliquias de Sta. Filomena. Extraordinaria fué la alegría que experimentó el misionero cuando se le dijo de parte del custodio monseñor Ponzetti, que consentia en cederle aquellos restos sagrados, añadiéndole estas palabras: «Monseñor está persuadido de que la Santa quiere ir á vuestro país, donde por su intercesion se obrarán grandes milagros.»

Las santas reliquias, pues, fueron trasladadas á Nápoles, y de allí á Muñano en la iglesia titulada de nuestra Señora de las Gracias; y apenas fué espuesto el cuerpo santo á la veneracion del público en el altar mayor, cuando una serie no interrumpida de milagros asombrosos, evidentes y públicos, dan á

conocer á aquellos felices habitantes que con los preciosísimos restos de Sta. Filomena han adquirido una benéfica protectora, y la aclaman unánimemente por su Taumaturga.

Desde entonces la devoción de Sta. Filomena se ha extendido por toda la cristiandad, de manera que bien puede decirse con verdad que en la propagación de su culto se descubre la mano de Dios, viéndose desde su establecimiento personas que no creían ni aun en la creación buscar con ansia una imagen de la Santa, y al llegar á poseerla dar tales pruebas de alegría con las demostraciones de su fe, como si hubiesen hallado un tesoro.

La historia de esta mártir se conoció por los símbolos descubiertos en la lápida sepulcral y por revelaciones hechas por la Santa misma á tres personas diferentes que no se conocían, ni habían jamás tenido relaciones entre sí, y que vivían en regiones muy apartadas las unas de las otras. Esto no obstante, las declaraciones que las citadas personas depusieron tanto de palabra como por escrito concordaron perfectamente en el fondo de la historia y aun con los símbolos del epitafio, á los cuales dan aquéllas una esplicación clara y satisfactoria. El resumen es en esta manera.

El padre de nuestra Sta. Filomena era un príncipe soberano de una isla ó estado pequeño de Grecia, y su madre nació también de elevada cuna. Desconsolados de no tener sucesión, y viendo la inutilidad de los sacrificios y ruegos que dirigían á sus dioses, como idólatras que eran, para tenerla, oyeron fácilmente las persuasiones y consejos de un médico de Roma que estaba á su servicio en palacio, llamado Publio, quien, impulsado sin duda de luz superior, les habló de la fe, y llegó á prometerles posteridad si consentían á recibir el bautismo. Como la gracia guiaba las palabras de Publio, triunfó felizmente de la voluntad de los padres de Filomena, y hechos cristianos, vieron satisfechos sus deseos con la hija que Dios les dió. Llamáronla LUMENA, aludiendo á la luz de la fe, cuyo fruto había sido, y la bautizaron con el nombre de FILOMENA ó FILUMENA, ésto es, hija de la luz (*Filia Luminis*). Grande era el amor que la tenían sus padres, y tanto que no acertaban á separarse un instante de ella. Y aconteció que viéndose amenazados de una guerra injusta con que les amenazaba el orgulloso Diocleciano, tuvieron que pasar á Roma para justificarse, llevando consigo á su hija que contaba entonces trece años. Llegan á la capital del mundo, se hacen anunciar, y los tres son admitidos á la audiencia del emperador. Tan luego como éste fijó

los ojos en Filomena, quedó tan enamorado de ella, que volviéndose á su padre le dijo que se tranquilizase y no temiese, puesto que ponía á su disposición todas las fuerzas del imperio en cambio de la mano de su hija, con la cual quería dividir su trono. Deslumbrados los padres de Filomena por una honra tan inesperada, acceden desde luego á los deseos de Diocleciano; y cuando vuelven á su alojamiento procuran persuadir á su hija por cuantos medios les sugiere la autoridad y la ternura paternal, que se conforme con la voluntad del emperador. En vano opone la Santa la promesa solemne que hizo á Dios de su virginidad: caricias, súplicas, amenazas, todo fué empleado para reducirla á su voluntad, pero sin fruto alguno. «Nó, de ninguna manera, les decía, primero es Dios y despues vosotros y mi patria: mi reino es el cielo.»

Debiendo por fin justificarse la Santa con el mismo Diocleciano, apura éste inútilmente promesas, halagos y terribles amenazas; pero insistiendo siempre la valerosa doncella con aquella fortaleza propia de los héroes de Jesucristo, rabioso ya y fuera de sí el tirano emperador, apela á los suplicios; mandóla azotar, y fué con tanto rigor, que convertido todo su cuerpo en una sola llaga, temeroso Diocleciano de verla espirar, dispuso llevarla á un calabozo de su palacio. Siendo ya de noche la visitaron en el calabozo dos ángeles resplandecientes, y derramando un bálsamo sobre sus llagas, la dejaron no solo curada perfectamente, sino con mayores fuerzas para soportar los tormentos. Sabido de Diocleciano aquel prodigio la llama nuevamente á su presencia, y vista por él sana cuando la había visto el día antes hecho su cuerpo una llaga viva, admirado, trata de persuadirla que debe su curación á Júpiter que, compadecido de ella, quiere que sea emperatriz romana, añadiendo las promesas mas ventajosas para vencer lo que él llamaba su terquedad; pero reiterando la ilustre virgen y con nuevo brio la misma confesion que tenia hecha, enfurécese de nuevo Diocleciano, no pudiendo sufrir que una delicada doncella tuviese atrevimiento para despreciarle; y manda que con una áncora atada al cuello sea precipitada en las aguas del Tiber. Tuvo efecto la sentencia, mas sucedió muy al contrario de lo que pensaba el bárbaro Diocleciano, porque en el acto de precipitar la Santa al rio, bajaron dos ángeles que cortaron la atadura que la ligaba al áncora, y mientras ésta daba fondo en el rio, los mismos ángeles llevaron á la mártir sobrenadando hasta la orilla del rio, causando con este prodigio la conversion de muchos gentiles que lo presenciaron. En el colmo de su furor ordenó Diocleciano que sea asaeteada; mas los dardos no obede-

cen á la impulsión y no pueden salir del arco. No puede decirse el furor y rabia que de esto recibió el emperador; y creyéndola mágica, dispónese que las flechas sean enrojecidas al fuego. Es obedecido; arman los archeros sus ballestas, disparan las flechas, y aun no llegan á la mitad del espacio que debían recorrer para herir á la mártir, cuando cambiando de improviso una dirección opuesta, retroceden y traspasan á los mismos que las disparan: seis archeros caen muertos. Entonces muchos otros de los que fueron libres de aquel peligro, y gran parte del pueblo, confesaron públicamente á Jesucristo. No se mudó un punto el cruel Diocleciano de su propósito con este acaecimiento; rezelando empero algun accidente mas funesto todavía por lo que pasaba, y temeroso de una sublevación, mandó degollarla inmediatamente.

Sus sagrados restos recogidos de los fieles fueron sepultados en las catacumbas de Santa Priscila, segun hemos dicho antes, permaneciendo allí en estado de oscuridad por espacio de quince siglos. (*Relacion hist. de Lucia.*)

La misa es en honor de los santos Tiburcio y Susana, y la oracion la siguiente:

Favorézanos, Señor, la continua protección de tus santos mártires Tiburcio y Susana; pues nunca dejas de mirar benignamente á los que concedes semejantes protectores. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 25 del Eclesiástico.

Bienaventurado el que no pecó con la lengua, y el que no sirvió á personas indignas de él. Bienaventurado el que encuentra un amigo verdadero, y el que espone la justicia á una oreja que escucha. ¡Cuan grande es el que encuentra la sabiduría y la ciencia! pero no es mayor que el que teme al Señor; el temor de Dios se ensalza sobre todas las cosas: bienaventurado el hombre á quien ha sido dado el tener temor de Dios: el que le posee, ¿á quien se le podrá comparar?

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que encuentra un amigo verdadero. No hay en el dia de hoy cosa mas comun en el mundo que el nombre de amigo; pero tampoco la hay mas rara que hallar uno que lo sea verdaderamente. Es la amistad una tácita convencion de

amarse y de estimarse reciprocamente; considera bien si en nuestros tiempos reina mucho en el mundo esta reciproca convencion. Lo que hoy llaman los hombres *amistad*, hablando propiamente, no es mas que un disimulado comercio de interés en que siempre espera ganar algo el amor propio; y en acabándose el interés, se acabó tambien la amistad. Es el mundo un gran teatro en que con capa de amistad se engañan los hombres los unos á los otros. El que tiene mas habilidad para disimular, ese pasa muchas veces por el mejor amigo. Lleno está el mundo de estas amistades aparentes. El que viere aquellas demostraciones espresivas, llenas al parecer de intimidad y de cariño; quien oyere aquellas protestas de una amistad fina y eterna, aquellos ofrecimientos á todos los buenos oficios, juzgará que la amistad es el alma que anima y pone en movimiento todo el comercio del mundo; con todo eso apenas se hallará un verdadero amigo entre los que profesan vivir á la moda de él. Deshácese todos á cumplimientos y á cortesias; pero no hay cosa menos sincera ni mas falaz. Los hombres del mundo en tanto son tus amigos, en cuanto los puedes ser de algun provecho; cuando ya no esperan cosa alguna de ti, acabóse la amistad. El nudo de esta amistad aparente es una pasión; y de una pasión, ¿quién podrá fiarse? Una enfermedad, un revés de fortuna, una desgracia es un golpe de viento que disipa todos estos falsos amigos. Los mundanos son prodigos en cumplimientos; ¡pobre de aquel crédulo que quiera ser el juguete y la burla de ellos! El espíritu del mundo es enemigo de toda verdadera amistad, y los poderosos apenas la conocen. ¿Quién hace mucho caudal de los amigos que se llaman cortesanos? Y con todo eso apenas se cultivan otros. Pero no se crea que la amistad reina mas entre el menudo pueblo. Seguramente se puede decir que la verdadera amistad está desterrada del mundo. El interés es el único que liga los corazones; ¿pues qué maravilla es que un lazo tan débil se rompa tan fácilmente? Mas acaso se encontrará entre los parientes la verdadera amistad. ¡Ah! que no hay enemistad mas viva que la que se introduce en las personas de una misma familia. Aun la amistad mas bien establecida está siempre pendiente del humor y del capricho. Usase poco en el mundo la buena fe, y por consiguiente han de ser muy pocos los amigos verdaderos. Desengañémonos; solo es verdadera amistad aquella que está fundada en la virtud. Ninguna hay sino la que estriba en este cimiento: ella sola es la que está á cubierto contra las inconstancias de la vida. En ella no tiene parte ni la pasión, ni el interés, ni el capricho; mantiénese inmóvil en medio de las

tempestades. Solamente los buenos pueden contar con ella con entera seguridad; por tanto, solo hay amistad verdadera entre los virtuosos.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy léjos de su país llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno: á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuen-

tas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Dijole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he granjeado. Dijole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Importa mucho no despreciar las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es grande error aun entre aquellos mismos que hacen profesion de virtud, hacer poco caso de las faltas ligeras, y descuidarse fácilmente en el cumplimiento de las obligaciones menudas; pues de este descuido y de esta negligencia suelen nacer las mas lastimosas caidas. *El que desprecia las cosas pequeñas, dice el Eclesiástico, poco á poco caerá en las grandes.* Aquellos que se precipitan en los mayores desórdenes, dice S. Bernardo, comenzaron al principio por cosillas de poca consideracion. Ninguno da en escesos de repente. Sucede en las enfermedades del alma lo mismo que en las del cuerpo; unas y otras se forman poco á poco. Al principio era fácil evitar aquel desbarato de humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro; todas estas enfer-

medades mortales eran casi nada á los principios. Con no haberse espuesto á aquel aire violento y colado; con haberse abstenido de comer aquella fruta; con un poco de régimen y con una ligera medicina nos hubiéramos librado de una enfermedad mortal. Pero despues que los humores malignos inundaron todo el cuerpo; despues que tomó curso la fluxion; despues que se formó en el pecho un depósito inagotable de flemas y cóleras, inútilmente se acude á la medicina; cuando prevaleció la enfermedad, ya llegan tarde los remedios. No tienen otras causas las muertes repentinas. Del mismo modo debemos discurrir en las enfermedades del alma; porque es cabal y perfecta la analogia. ¡Mi Dios, y qué léjos suele llevar al alma el poco aprecio de las faltas ligeras! ¡qué de funestas caidas nos hubiera escusado un poco de mas observancia, un poco mas de delicadeza de conciencia, un poco mas de devocion y de mortificacion! Estas frecuentes infidelidades debilitan al alma, y una vez debilitada con esas continuas indisposiciones, faltándola por otra parte muchos auxilios de que la priva su poca fidelidad, ¿tendrá fuerzas para resistir á una violenta tentacion? En esto se fundó san Gregorio cuando dijo que las faltas ligeras eran en cierto modo mas peligrosas que las grandes: éstas, por lo mismo que se conocen mejor, se aborrecen y se evitan fácilmente; pero aquéllas no se trata de evitarlas porque apenas se conocen. Una fiebre violenta sobresalta, y al punto se acude al remedio; pero fácilmente nos domesticamos con una calenturilla lenta, que al cabo nos echa en la sepultura.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que ninguna cosa es de mayor perjuicio para el alma que la negligencia habitual en el cumplimiento de las obligaciones mas menudas. Es hallarse en aquel fatal estado de tibieza, que si no es señal cierta, es de los indicantes menos falibles de reprobacion. Te has precavido contra los pecados graves, dice S. Agustin; ¿pero qué has hecho, ó qué haces para librarte de los leves? *Præcavisti magna: de minimis quid agis?* Pues qué, ¿no temes esas continuas negligencias, esas frecuentes infidelidades, esas faltas ligeras? *An non times minuta?* Arrojaste al mar las cargas mas pesadas que podian sumergir el navío; evitaste los escollos, retirándote á la religion; pero guárdate no sea que la mucha arena que dejaste en el fondo del buque le eche á pique dentro del mismo puerto: *Projecisti molem; vidé ne arena obruaris.* Desengañémonos, aquellas gracias tan poderosas, aquellos singularísimos auxilios que vienen tan á tiempo, se reservan solo para aquellos corazones generosos,

para aquellas almas fieles, que no examinan si lo que manda Dios es de precepto ó de puro consejo, de obligacion estrecha ó de buena correspondencia. Dices que esas reglas menudas, esos santos estilos, esas observancias son verdaderamente unas menudencias. Séanlo en hora buena; ¿pero con qué cara pides á Dios que te conceda las mayores gracias, al mismo tiempo que tú le niegas los menores y los mas fáciles obsequios? Rara vez se encuentran criados que maquinen contra la vida de sus amos; ¿pero quién se querría servir de un criado que se negase á hacer los regulares oficios de la casa, y solo quisiese hacer aquello que se le mandase debajo de graves penas? Cuando se arruinan ó se dejan caer las fortificaciones exteriores de una plaza, ya no queda en estado de defensa. Levántense dentro de ella todos los atrincheramientos que se quisieren; no es posible que resista por mucho tiempo á un enemigo poderoso; estando tan descubierta. Las piadosas devociones, la observancia de las reglas, las obligaciones menudas del estado son las fortificaciones exteriores de la plaza. En no estando bien guardadas todas las avenidas, se puede y se debe temer una sorpresa. Todas las infidelidades habituales con Dios muestran ó indican un destemple de corazón muy digno de temerse. No está lejos el rompimiento con un amigo ó con un amo cuando se les contempla poco, y se repara menos en disgustarlos muchas veces.

Reconozco, Señor, mi peligro, y veo con toda claridad lo mucho que os han desagradado mis pasadas infidelidades. *Bienaventurado el siervo fiel en cosas pequeñas.* Haced, Señor, que yo sea este siervo fiel en adelante. Resuelto estoy, Dios mío, á cumplir exactamente con las obligaciones mas pequeñas, conociendo que este es el único medio para perseverar y para agradecerlos.

JACULATORIAS. — Dignaos, Señor, de hacerme caminar por el camino de tus preceptos. (*Psal. 118.*)

Inclina, Señor, mi corazón á darte gusto en todo, sin negarte cosa alguna que le pidas. (*Psal. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Estando llena nuestra vida de obligaciones menudas, y tropezando en cada momento de ella con estas que se llaman cosas pequeñas, ser infiel á Dios en estas cosas, es serle infiel por toda la vida, y desagradarle continuamente. Una ligera mortificacion, cierta exactitud particular en los mas pequeños deberes, la pun-

tualidad en cumplir con sus especiales devociones, la modestia de los ojos, la circunspeccion en todos los demás sentidos, cierta delicadeza de conciencia en las que se llaman menudencias; todas estas, á la verdad, son cosas pequeñas, pero no es cosa pequeña la fidelidad en estas cosas; antes bien esta exacta y constante fidelidad es en parte el distintivo de los santos. No llares ya en adelante cosa pequeña la que te puede ser ocasion de las mayores desgracias. En el servicio de Dios nada hay pequeño; y así nada has de despreciar. Ten presente que el mismo Señor solo alaba en el siervo fiel su exactitud en cosas pequeñas: *in pauca fuisti fidelis*; y procura merecer este elogio. No omitas devocion ni obligacion alguna de tu estado. Sé, por decirlo así, escrupuloso en las cosas mínimas precisamente, porque Dios te pide este corto sacrificio. Léjos está de descuidarse en las obligaciones mas graves, el que por agradar á Dios no se descuida en las mas leves.

2 Pocas horas hay en el dia, y pocos instantes de las mismas horas en que no se ofrezca ocasion de alguna mortificacion, ó de ejercitar algun acto de virtud; privarse de una vista curiosa; sacrificar un pequeño gusto; suprimir un buen dicho; sufocar los movimientos del amor propio; reprimir los ímpetus del genio; practicar una obra de caridad; en todo esto has de ser exacto y puntual. ¿Viénete gana, no ya de omitir, sino de dejar para otra hora aquella oracion ó aquella devocion? No te dejes llevar de esa ligereza de tu espíritu, ni de esa inconstancia de tu corazón. Levántate muy puntual á la hora señalada; mortifica constantemente tu curiosidad; reprime hasta los menores movimientos del orgullo. Guarda exactamente las mas menudas reglas; bendicion de la mesa, accion de gracias despues de comer; tranquilidad y apacibilidad inalterable en todos los varios acasos de la vida; modestia respetuosa en el templo; oraciones vocales de devocion. Nada omitas de cuanto puede ser grato á los ojos de Dios. Jamás des oídos á los respetos humanos; sé en todo y por todo siervo fiel. Por medio de estos piadosos ejercicios se llega á ser santo.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SANTA CLARA, virgen, en Asis en la Umbria; primera planta de las pobres religiosas del orden de Menores: por su ilustre vida y milagros la puso en el número de las santas vírgenes el papa Alejandro IV. (*Véase su vida hoy.*)